

Crónica de la SALTA del ayer

***“En cada esquina  
un recuerdo”***

**Eduardo Ceballos**



**INSTITUTO CULTURAL ANDINO**

Ceballos, Eduardo

En cada esquina un recuerdo : crónica de la Salta del ayer /  
Eduardo Ceballos. - 1a ed. - Salta : Milor, 2017.

158 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-1945-89-4

1. Crónicas. 2. Historia de la Provincia de Salta . I. Título.

CDD 982.42

© **En cada esquina un recuerdo**

**Autor:** Eduardo Ceballos

**Diseño e impresión**

Editorial MILOR Talleres Gráficos

Mendoza 1221 - Salta - Argentina

Tel./Fax: (0387) 4225489

E-mail: editorialmilorsalta@yahoo.com.ar

ISBN 978-987-1945-89-4

Hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso en Argentina /Printed in Argentina

## **Dedicatorias**

A todos los seres con los que compartí la vida. Parientes, amigos, socios en la aventura existencial.

“Los cementerios están llenos de historias silenciadas”.

**Eduardo Ceballos.**

## **PRÓLOGO**

La vida es ese viaje inmenso que cada uno hace como quiere, como puede, como le va saliendo. Inevitablemente, nos encontramos con seres y circunstancias que nos sorprenden, que no esperábamos, pero que nos terminan alcanzando. Y también nos vemos rodeados de diarias decisiones, elecciones, que nos llevan a la encrucijada de tener que optar por un camino, desechando otro.

Por eso los seres humanos tenemos vidas tan diferentes. Son tantos los factores que influyen, que ni siquiera hermanos inseparables pueden atribuirse vivir igual.

El camino escogido por Eduardo Ceballos es pedregoso pero lleno de encanto. No resulta fácil vivir priorizando el conocimiento antes que el dinero, la familia y los amigos antes que el negociado. Con su ingenio y creatividad este luchador incansable podría haber 'amarrocado' dinero y propiedades, pero no es eso lo que llena sus días. Por eso eligió la poesía, la música, los afectos, sin nunca negociar sus ideales. Quizá por eso recuerda la Salta del ayer con tanta claridad, porque la vivió profundamente, la aprehendió.

En este libro nos invita a recorrer pintorescos momentos de su vida, para detenernos juntos en cada esquina, y descubrir los personajes y las historias que construyeron la Salta que habitamos hoy. La intensidad de su amor por esta tierra se pone en evidencia en cada anécdota, en cada persona mencionada y en las enseñanzas que nos ofrece en su mensaje.

El pasado adquiere importancia cuando le asignamos significado, un sentido en la construcción de nuestra identidad. El autor de este libro nos ayuda a reconstruir estas redes que nos harán sentir parte de una Salta que -ya no es, pero que- sirvió para llegar al presente con esta identidad que nos caracteriza.

Eduardo Ceballos pone el sentimiento y la emoción en cada palabra expresada. Dibuja los paisajes de nuestra Salta, no sólo los naturales, sino también los urbanos y las vivencias domésticas. Nos transporta en el tiempo ubicándonos en los rincones de

*Eduardo Ceballos*

nuestra provincia, para mostrarnos pasajes que parecen estarse olvidando.

Ojalá el mensaje del autor sirva para que descubramos las riquezas y bellezas de nuestro tiempo y tengamos la capacidad de, como él, generar reflexiones y contar como un cuento esas vivencias a las generaciones venideras.

***Por Viviana Cristina Ceballos***

## INTRODUCCIÓN

Una serie de recuerdos es el motivo del libro. Guardados en el cofre de la sangre, gracias a los sentidos que lo meten adentro del ser para compartir los tiempos. Que hermosura revivir instantes, juntar cada momento, como una fotografía con fragancias, sabores, sonidos. Así se fueron acumulando las esquinas, los años, los rostros amigos y un paisaje personal que nos acompaña desde siempre.

Están los lugares por donde pasé desde la infancia hasta la adultez, los dorados caminos de la juventud, la vida de un hombre se multiplica con sus lectores y crece como una memoria colectiva.

Recoger los momentos para hacerlos perdurables, buscar los nombres de las personas que compartieron esos cuidados espacios. El reloj avanza inexorable y la vida. Como la semilla y su mágico ciclo, así la existencia, con penas, alegrías, música, afectos. Es bueno revivir cada instante, misteriosa cadena de sensaciones.

Agradezco la participación en este libro de personas que nos ayudaron a recordar como Pilar Sosa de Moreno, quien tira sus recuerdos de su infancia ocurrida en Tucumán al 300; a los hermanos Bargardi, quienes confiesan porque se sumaron: 'Participamos, Violeta, Yolanda, Severino y yo, los cuatro Bargardi. No creo que haya necesidad de mayor aclaración, mis hermanas contadora y abogada respectivamente se desempeñaron en Salta, mi hermano bioquímico en Corrientes, y Misiones y yo, Daniela, como docente en la Universidad Nacional de Salta'.

Mi esposa Susana Rozar que muestra las pinturas ofrecidas por la vida en el barrio que la vio crecer y le regaló tantas historias de su Villa Belgrano. Viviana Cristina Ceballos, autora del prólogo, para explicar este nuevo libro de su padre, gracias por tanta comprensión.

Juan Oscar Wayar envió con las fotos estas palabras que muestran su sentir y nos llena de satisfacción: 'Hola Eduardo: Qué bueno que ya estés en los tramos finales del libro. De las fotos que

me pides encontré algunas que seguro te sirven, te las envío como un documento. Con respecto a la pequeña semblanza de porque me gustó tu idea y a la que adhiero, puedo decir que es un gusto colaborar con las imágenes de la Salta Antigua, para que se tenga más conocimiento de nuestra ciudad y de sus innumerables anécdotas e historias que transcurrieron entre apacibles y voraginosas a través de los años. Para mí es un gusto poder ayudar en tan noble tarea y que sirva para ilustrar una obra literaria pensada para la gente de Salta, en donde se rememora ese pasado añorado y desde el cual es posible entender con mayor claridad, este presente en el que vivimos, y de esta forma agarrarle más cariño a nuestra Salta la Linda, porque no se Ama lo que no se Conoce. Bueno mi estimado Eduardo con estas pequeñas palabras me despido de vos deseándote las mayores de las suertes y seguramente ya estaremos en contacto nuevamente y para conocernos personalmente. Saludos cordiales Oscar'. Juan Oscar Wayar.

Feliz de poder dejar este testimonio de algunos puntos de la ciudad de Salta, por donde pasó mi existencia en los tiempos felices de la infancia, en el proceso de formación de la juventud, en la adultez del trabajo y en este capítulo sereno de la edad madura. Son fotos del alma que las comparto con los queridos lectores. Gracias, por ser parte de esta historia. Tome este libro como un espejo, porque se encontrará.

**Eduardo Ceballos**

## LA LEJANA INFANCIA

Se me ocurre verla, calle de tierra, con lentitud de pueblo, veredas altas, una vecindad sencilla siempre esperaba al panadero que llegaba con su jardinera y su carga nueva. Tiro fotos, sacadas con el alma, para recuperar el color de aquellos paisajes de niños. Los lecheros anunciaban su presencia con antiguas cornetas que se escuchaban desde lejos; salían las señoras con sus lecheras a recibir el cargamento, llegaban con todos los premios, prácticamente de la vaca a la casa; leche pura, sin saqueo, con la nata, el valor agregado.



*(Foto Juan Oscar Wayar) Carrito de leche Cosalta, en Dean Funes y Santiago del Estero, década del 70. Estos carritos habían sustituido a las viejas jardineras.*

Tradicionales almacenes en las esquinas, donde la gente compraba con dinero o con libreta, en un crédito de honor que se respetaba. En la calle estaban los vendedores de pescado, casi todos italianos, llevaban su mercancía en unos triciclos, a pedal, de tres

ruedas, como dice su nombre, contaba con una gran caja metálica, donde traía el pescado, envuelto de barras de hielo; su oferta se hacía en el idioma que le surgía de su italiano, en una mezcla de adaptación decía: 'Piscatero, Piscatero!!', gritaba a los cuatro vientos, estilo reconocido por aquel tiempo. Creativos los vendedores de aquellas épocas, el vendedor de maní, el manicero, lo vendía calentito, en cucurucho de papel, movilizaba un carrito con forma de máquina ferroviaria a vapor, donde funcionaba una caldera para mantener el calor de su producto y de la que sacaba vapor, para producir un sonido similar a los trenes, puro ingenio que atraía a su clientela. Los vendedores de helados, también le ponían su gracia a su actividad comercial, ya que construían carritos con forma de barquitos, empujados por el vendedor; lo del barquito, sería tal vez para demostrar que era un producto similar a los consumidos en Europa, pero lo cierto, por ser novedosos, importante atractivo que se disfrutaba. El trabajo de muchas familias italianas como la de Vicente Fili, introduciéndolo en el negocio de los helados para siempre.

Imponía mensaje con sonido especial, el afilador de cuchillos y tijeras, hacía uso de un silbato con sonido característico, la gente reconocía en el acto, sin ningún margen de duda. Se movilizaba en bicicleta, donde llevaba su piedra esmeril, la que funcionaba con la rueda en movimiento del rodado, elevando la rueda con un sencillo mecanismo y trabajaba sentado en su vehículo, afilando mientras pedaleaba y charlaba con los vecinos curiosos que lo rodeaban.

Todo se percibía con los sentidos, por ejemplo cuando aparecía el camión regadero, humedecía la calle para darle frescura y tapar un poco la tierra; cuando eso sucedía se sentía un profundo aroma a tierra mojada, se parecía a una canción; cuando llegaba por la cuadra, los changos se sentaban en el paragolpe trasero del camión cisterna a poca velocidad, una agradable aventura.

El alto porcentaje de vehículos tracción a sangre, jardineras, carros, mateos, tenían diversos usos. El caballo prestaba su fuerza para mover estos rodados que convivían con la población. El herrero era el hombre que cuidaba de ellos, poniéndole una cubierta metálica y en las jardineras una lonja de goma encima; se lo consideraba un super hombre, con una fragua le daba calor al metal hasta ponerlo rojo y en el yunque, con un combo, producía la forma necesaria; eran artesanos y artistas habilidosos.

Causaba fastidio y movilizaba la barriada, la perrera, en antiguos camiones chicos, con jaulas en su caja, transitaba lentamente, con dos eficientes enlazadores a sus costados; tomaban a su presa y la ponían en la jaula; cada familia cuidaba y gritaba por su mascota, corrían tras sus animalitos, los encerraban en sus casas; una disputa muy cruel, separaba al empleado municipal del sentimiento popular. Los perros capturados eran llevados a la perrera, donde se los depositaba, por un corto tiempo y si no se los retiraba, pagando la multa del caso, se los sacrificaba.

Casi todos los chicos de esa barriada de la zona sur de la ciudad de Salta, concurrían a la Escuela Julio Argentino Roca, de la calle Buenos Aires al 700, entre Tucumán y La Rioja; tiempos de excelentes maestras y directivos; ponían lo mejor de sí para la correcta formación de los niños; el calendario de festividades cívicas, muy importantes, generaban conciencia de patria. Se recuerda a la directora Macchi Campos, como una celosa guardiana de sus alumnos, cuidando cada detalle. Más adelante, narraremos lo acontecido en la escuela.

De este modo transcurría el tiempo calendario hasta el último día del período lectivo; marcaba la finalización de las clases y se empezaban a preparar las familias para recibir las fiestas de fin de año; hacia fines de noviembre, venían de pueblos cercanos a la ciudad, los vendedores de chivos y ovejas; lo hacían caminando o montando un caballo, una mula o un burro y traían a sus animalitos arriándolos, con paso tranquilo y una destreza impactante; salían las amas de casas a comprar el animalito para su mesa de fin de año; faltaba más de un mes para la noche buena y los changos de cada casa, serían los encargados de llevar todas las tardes a pastar a su chivito, destinado a la noche buena; una tradición muy de la Salta de hace más de medio siglo; la gente se encariñaba tanto con el animalito, que cuando se decidía sacrificarlo, había llantos y gestos de dolor, especialmente entre los niños, pero la tarea debía realizarse porque para eso se lo había comprado; las mujeres de antes con las menudencias hacían la exquisita 'chanfaina' y con los cueros, se realizaban distintos elementos artesanales; eran muy prácticos los habitantes del ayer. Desde el 8 de diciembre, se adoraban en los pesebres al Niño Dios, cantándole villancicos y bailando danzas tradicionales en su honor; las personas mayores premiaban a los chicos que llegaban a adorar al Niño, convidándo-

le las frutas de estación, generalmente, se extraía del fondo de las casas, que tenían árboles frutales, huertas y gallineros. Cuando se instalaba el 24 de diciembre, la alegría comunitaria era desbordante, porque la vecindad era una gran familia y se vivía intensamente la fecha, con afecto y respeto contagioso. Era costumbre sacar sus mesas a la calle para sumarlas a otras, compartiendo alimentos, afectos, bebidas, charlas, bailes. Una fiesta que integraba.

Lo mismo sucedía cuando llegaban los reyes magos, salían los niños con sus juguetes a compartirlos con sus amiguitos; cuando el carnaval decía presente, a la siesta, era casi obligación jugar con agua, en un clima de alta camaradería y buena vecindad; los niños tenían acceso a todas las casas de la cuadra, se jugaba con baldes, jarros, pomos, lo que se tenía a mano; grandes y chicos se entreveraban con sus alegres picardías.

En la década del 50 llegó el pavimento a muchas calles de la ciudad de Salta, no asfalto; un trabajo que convocó a todos los curiosos, ver a muchos hombres en acción, gigantescos camiones, gran cantidad de bolsas de cemento, el hierro formateaba los cordones, cuando se tiró el pavimento sobre la calle, se le armaron los cuadros con montículos de tierra y adentro de ese cuadrado, se acumuló mucha agua, para que el material trabaje y se consolide; muchas jornadas con esos caminitos de tierra, para que los niños lo utilicen como senderos en sus creativos juegos. El pavimento tapó algunas costumbres y recuerdos, pero por suerte la memoria humana colabora en construir el paisaje del ayer.

Entre los destacados vecinos de la cuadra de Tucumán entre Córdoba y Lerma, por la vereda sur, desde la calle Lerma hacia la calle Córdoba, la familia de don Francisco Martínez y su esposa Olga, tuvieron tres hijos: Olga, Panchito y Elva; Olga fue una ejemplar estudiante del Colegio Santa Rosa, donde una vez recibida, realizó docencia hasta jubilarse; Panchito, colaborador de su padre y Elva, la más chica, se desempeñó en el Banco de Préstamos y Asistencia Social; don Francisco era sastre, oficio de gran demanda por los hombres, que tenían otro estilo en su indumentaria, también se constituyó en una de las primeras agencias de loterías de la ciudad de Salta, con su negocio en Tucumán al 300.

Donde hoy funciona el Círculo de Pescadores, que cuenta con un restaurante muy visitado, vivía la familia Castronovo, de as-

endencia italiana con muchos hijos; rescato a Miguel a quien los vecinos y amigos le decían 'Pan Chanchito con Tiradores' ó 'Culo Bajito', por ser gordito, de piernas cortas, gran hacedor de cometas y barriletes. Su padre tenía varios coches de plaza, tracción a sangre; otros los llamaban mateo y la popular 'degüello', su conductor era el cochero, el auriga. Era como una actual remisera, a la mañana temprano cuando los chicos iban a la escuela, los conductores de cada uno, lavaban al animal, limpiaban los cueros y los bronces, para que el coche luzca impecable. Eran los taxis del ayer. La gente los utilizaba para pasear, para hacer trámites y algunos para traer frutas y verduras del Mercado San Miguel.

En la casa siguiente, donde hay una gomería, vivía la familia Martínez-Luna, muchos integrantes, de donde rescato a Teresita Luna, todo el día tocaba el piano con mucha fluidez; y a su hermano menor Roberto, hoy Contador Público Nacional, ahijado de la Rusa María, quien le obsequiaba juguetes costosos que despertaban la envidia de la cuadra. La Rusa María era una mujer de la vida, venida de la lejana Europa, con fina estampa y muchas habilidades, conquistando rápidamente una selecta clientela de hombres influyentes y poderosos, en busca de sus servicios; ante tan importante demanda buscó mujeres atractivas, en Europa, en países americanos y en ciudades argentinas, invitándolas a ser parte del negocio. Llegaban autos de embajadores, señores de frac y moñito, con ropa de gala, convocados por la fama universal de la Rusa María, quien en vida ya era una leyenda. En el barrio, una señora respetable y educada; las madres de la vecindad, obligaban a sus hijos a respetarla.



*(Foto Archivo familiar) Los tres hermanos: Vicente, Eduardo y Celia*



*(Foto de familia) Cumpleaños de Eduardo Ceballos: De izquierda a derecha, Sergio, Pancho, Rubén Corbella, Raquel Corbella, un amiguito porteño del barrio, Eduardo Ceballos de traje oscuro, damas mayores a la espalda y sentados, una niña de apellido Ludueña, Víctor Hugo Claros ex Rector de la Universidad Nacional de Salta, un changuito al que le decían 'Mano Muerta' y Luis Sosa, tío de Víctor Hugo Claros.*

La casa en el N° 343 de la calle Tucumán, de una familia numerosa, con el testimonio de la vecina, de aquel tiempo Pilar Sosa de Moreno.

**Pilar Sosa de Moreno: La casa** estaba constituida de la siguiente forma: 'Vicenta López (mi mamá), José Sosa (mi papá), María (mi abuelita), Manuel, Luis, Rosa y yo... la visita de René, Carlos, Hortencia (hermanos), mi cuñado Juan que era como mi 2º papá y mis sobrinos nos visitaban seguido, vivíamos en una sola habitación con techo de chapa, que en verano era calurosa y en días de lluvia goteaba y poníamos tachos y la cocinita con techo de cartón, y con brasero o la cocina de hierro, y el fondo de la casa daba al conventillo donde vivías vos, Eduardo Ceballos. Nunca nos faltó nada desde pequeños, a pesar de la pobreza. Ahora lo recuerdo y se me pega un lagri-

*món. En ese conventillo vivían 5 familias más, vecinos que nombrarlos son un montón y éramos todos una sola familia. Y lo que sí recuerdo y nunca lo olvidaré cuando vos estudiabas para sacerdote. ¡Que hermoso, si uno pudiese retroceder el tiempo! Gracias por recordarnos.*

*Yo me llamo Socorro del Pilar Sosa de Moreno, y mis vecinos empezaron a llamarme Pilar y así quedé, mi abuelita María Micaela Morales Coronel Viuda de López (a ella le gustaba que la llamen con todo su nombre y no Mariquita como le decía don Fernando uno de los vecinos. Los que vivían en el conventillo eran: Ñata, Chicha, Mery de apellido Boizú con sus respectivas hijas: Ana María, La Yuyi, y Mercedes. (Ellas vivían en la primera habitación. En la segunda habitación vivía doña Tita con su hijo Quelo, su mamá Juana y el esposo Quintín. Nosotros vivíamos en la tercera habitación con un pequeño jardincito, porque a mi mamá le gustaban las plantas, eso lo heredé yo. En la cuarta habitación Doña María (a la que yo le llamaba Tía, y en grande recién me enteré que no era pero yo la quería mucho), con su esposo Fernando y en la última habitación vivía doña Candalaria (que todavía vive y tiene más de 90 años), con sus hijos Quelo, Carlos, y Pocha y con su mamá Josefa y su papá don Ubaldino, que le gustaba emborracharse. Los vecinos del barrio: estaban Los Martínez, los Luna, los italianos Castronuovo (cada vez que se casaba un hijo tiraban moneditas de centavos y todos los chicos del barrio se tiraban a recoger cuando llegaban los novios). Don Bartolo y Julia, (que tenían el almacén), doña Nancy con Bocha y el Pelado, al lado el “conventillo” le decían pero en realidad eran departamentos donde vivías con tu hermana la Ñata, si mal no recuerdo y tu cuñado Chinchín. Al lado los Pizarro, más allá “El tornero” que era la casa de la Eyin, al lado doña Julia y sus hijas Estela, Sonia, casada con Tutú Campos, el de Los Cantores del Alba. Los Baudrino, era la peluquería, los Miranda en la esquina de la Lerma, al frente de mi casa doña Sara una vieja mala y chusma que acostumbraba a ramear los pies desde la esquina limpiándose los zapatos para entrar en su casa, tenía su hija llamada “Chiquita” y trabajaba*

*de noche y su habitación que daba a la calle, recuerdo ver una habitación a media luz. Habían cuatro cabarets en la cuadra: "La Rusa María (mi mamá muchas veces iba a lavar ropa y le pagaba y nos mandaba golosinas), "el Cirito" (al lado de mi casa), "El Ciro" y otro más que no recuerdo el nombre. En la esquina el "Bar Contiqui" donde se jugaba al billar. El quiosco de don Reynoso (el diátero). También estaba "Don Marcos" creo que vendía televisores, y ponía uno en la vidriera y todas las noches me iba a ver la serie "Bronco Ley", porque en casa no había TV. En la esquina la farmacia "Salim"...Y otros vecinos que no puedo recordar los nombres. En esa época podíamos salir a jugar todos los chicos a la rayuela, al martín pescador, al arroz con leche...algo espectacular y lo más extraordinario era que no sabíamos que existía la droga, si el alcoholismo, porque mi papá tomaba mucho y muchas veces con mi mamá nos sentábamos en la puerta hasta que se duerma, eso sí me trajo un trauma, gracias a Dios que mi esposo no toma. La mayoría de los chicos íbamos a la escuela Roca. Bueno, creo que por ahora es lo que recuerdo".*

Un conventillo, donde vivían muchas familias, que compartían un largo zaguán y una canilla en medio del pasillo, de uso comunitario; entre sus residentes la familia Sosa, que estaba constituida por muchas personas con el abuelo José y su esposa doña Rosa, su madre, una abuelita que tenía una piedra gigante en la vereda, la utilizaba como asiento y algunos de sus hijos: Pila, casada con Juan Claros, de donde nació Víctor Claros, entre otros, quien con años de estudio se recibió de Contador Público Nacional, fue decano y Rector de la Universidad Nacional de Salta, entre otros cargos; sus tíos, por ser hermanos de su madre: Carlitos, Manuel, ambos carpinteros; Luis, Socorro del Pilar. Un ejemplo de lucha esta familia que entregó a la comunidad de Salta, personas de bien.

En el N° 347 de la calle Tucumán, vivía una familia que estaba formada por Nicasia Corbella y sus hijos Celia, Vicente y Eduardo; el 'Negrito' Ronald Jackie Quiroz, compañero de doña Nicasia, asumía la paternidad de los chicos; por esta casa pasaban gran cantidad de sobrinos, por distintos motivos llegaban a la tía Ni-

casia; entre ellos Pacho Linares, se alojaba allí cuando venía de franco de la Marina, donde hacía su servicio militar, finalizada su obligación militar se dedicó a cantar tangos; Inesita, hermana de Pacho, con severos problemas de salud, ambos. Hijos de Elena, hermana de mamá; Juan Eudas 'Michifú' Rodríguez, hijo de otra hermana de Nicasia, doña Haydee; el otro sobrino que llegaba en calidad de agregado familiar era Hipólito 'Polito' Monterichel, hijo de Lorenzo Monterichel y Nélide Corbella, fumador de los cigarrillos Lucky Strake, de 100 mm., los primeros extralargos que llegaron a Salta; Hugo Corbella, hijo de Esther Corbella, se constituyó en habitante permanente de la casa, porque su madre residía en El Bordo y él trabajaba y estudiaba en la ciudad, ya que era cadete de la Farmacia Pellegrini; también pasaron los hermanos Soria: Carlos, Saso, Miguel, Roberto, Julio y sus hermanas Yolanda, Carmen y Dora, todos hijos de Elena; una casa pequeña con vocación de grande por donde transitó la vida de mucha gente; como la Omi, una criadita, después 'rumbió' a Buenos Aires, donde constituyó una familia ejemplar; María y Alicia, pensionistas de doña Nicasia, procedentes de zonas rurales; Raquel y Rubén Corbella, hijos de Alejandro Corbella; y un pensionista estable con cama y comida, el señor Schuller, un ingeniero alemán, que pasó sus últimos años de su vida en este domicilio, como un auténtico integrante de la familia, donde se velaron sus restos mortales. Cuantas historias y seres, pasaron por este lugar. Otro pensionista destacado en esa casa era el 'Pato' Ricardo Ehizaguirre, fanático de Juventud Antoniana, repartidor de carne por aquel tiempo y después papá de Rubén Ehizaguirre, integrante del consagrado conjunto folklórico Los Nocheros.



*(Foto Archivo familiar)  
Celia, Eduardo y Susana,  
amiga de Celia y hermana  
de Tomás 'Tombolito'  
Mena, en Tucumán 347,  
en la década del 50.*



*(Foto Archivo familiar) Caminando por Tucumán al 300 las amigas María, Pila, Omi y Celia, en la década del 50.*



*(Foto archivo familiar) En el conventillo de Tucumán 343, las amigas María, Celia, Omi y Pila, con los niños Luisito Sosa, su hermanito y Víctor Hugo Claros, su hijito, al principio de la década del 50.*

Tiempo después, don Zavaleta, propietario del inmueble, le vendió la casa a don Bartolo, un hábil comerciante de Salta, que poseía un restaurante popularmente conocido en la esquina de Córdoba y Tucumán.

Al lado de don Bartolo, vivía la señora Edit Nancy de Chiozzi, madre de Bocha y Carlos, dos jóvenes emprendedores en distintas actividades, siendo Carlos, Contador Público Nacional y profesor de la Universidad Nacional de Salta.



*(Foto Archivo familiar) A orillas del río Omi, Pila, Gringo, Celia y la amiga María, en la década del 50.*

En el N° 355 de la calle Tucumán, un famoso conventillo, tenía como diez departamentos, donde vivían familias y personajes de la noche de Salta. En el primer departamento residía Juan Carlos Morizzio 'Chinchín', soltero, quien se dedicaba a la reparación de

radios a válvulas y luego a transistores; allí recibía a sus padres, doña Guillermina y don Alberto, a todos sus hermanos y hermanas: Pila, Chichita, Minina, Ramón, Margot, Ñato, Porota; cuando se casó pasó a ser la residencia del matrimonio, luego vieron el nacimiento de sus hijos Silvia Norma y Juan Carlos (h); por allí también pasaron los hermanos Vicente y Eduardo, de Celia, la esposa de Chinchín.

En los departamentos de más adentro, rescatamos el recuerdo de la familia Gómez, un matrimonio con dos hijos varones; la familia de 'Pipi' Torres, vivía al fondo, integrada además, por Chela y Chelo, Panchito y Sergio; entre la vecindad había puesteros del mercado, mozos de los cabarets de la zona, como el Teno, pero la más reconocida habitante del conventillo era la famosa 'Cama y Bronce', una mujer percherona, que al anochecer ponía su presencia en la puerta para atraer a su clientela.

En el N° 357, vivía la familia presidida por doña Elisa y don Mario Pizarro, tenían verdulería en la cuadra y eran los padres de Tito 'Canguro' Pizarro, cartero y jugador del Club Correos y Telecomunicaciones; La Ñata, casada con Dardo Andrada, de donde nació el periodista Javi Andrada; Rubén Walter Pizarro, cantor popular, hizo giras con Eduardo Ceballos, en la década del 60 por Buenos Aires; y Liliana, la menor casada con un carpintero de Barrio José Vicente Solá.

Al lado de los Pizarro, vivía la familia Rubio, un reconocido almacenero de aquellos tiempos, cuyo hijo Mario Rubio era compañero de escuela de Eduardo Ceballos, quien en esa casa conoció la planta de papa. Luego, fue habitada por la familia de Dardo Andrada, con su hermano eran torneros de alta precisión.

La familia de doña Julia y don Guillermo Moisés Fayt, tenía dos hijas: Estela, quien se recibió de escribana y joven partió de la vida; y Sonia, casada con Tomás 'Tutú' Campos, que fuera de las importantes voces del cancionero e integrante de 'Los Cantores del Alba'. En esa casa se solía escuchar, cantando a dúo, a Tutú y a Pepe Berríos, cuando se organizaban reuniones juveniles.

La próxima puerta era del local de Peinados Marta, donde se ponían elegantes las chicas del barrio para atender sus negocios; al lado vivía su familia, su esposo taximetrero y sus hijos Mirta y Roberto Baudrino. En esa propiedad, actualmente vive Basilio

Aquino, su esposa Margot Morizzio de Aquino y sus hijos Gustavo y Sandra. Por allí también había instalado su relojería un hombre en la década del 60.

Pero el negocio más rutilante de la noche de Salta estaba en esta vereda 'El Tabaris', cabaret de don Guillermo Moisés Fayt y el Negro Vega, con show y varieté. Un lugar para los salteños de élite de aquel entonces. En el mismo actuaba en forma permanente el vocalista Víctor Ruiz y el pianista Martín Salazar, además de importantes cantores de tango, de boleros y el clásico stripe tease.



*(Foto Juan Oscar Wayar) Martín Salazar de traje blanco, al medio junto a Víctor Ruiz, año 1972. Artistas de los locales nocturnos de la Salta del ayer.*



*"El matrimonio conformado por Andrea Eva Francés y Francisco Rozar, junto a sus tres hijos menores: Juan Rosendo, Susana y Elizabet Guillermina"*

Nuestros vecinos eran doña Estefa y Francisco Gómez, en sus fondos ondeaba como una gran bandera, con los colores negro y amarillo del Club Peñarol, eran las camisetas de los jugadores impecablemente lavadas y puestas a secar al sol.

Entre los otros vecinos, don González, su esposa y sus hijas Mirta y Liliana, al lado pero en el mismo terreno, vivían Pomillo, Gringo y Pelado. Gringo era pulcro, vestía traje y siempre bien peinado, algo alteró su mente y su vida cambió, se lo veía desaliñado, realizaba tareas de 'desyuyado' y le gustaba jugar a la tómbola, decía 'acúsale a la colorada', hacía todo tipo de combinación de números. Tenía una hermana, la Gringa, bajita, delgada, bonita, pocas veces se la veía en el barrio, estaba internada por problemas mentales; un día se me acercó, tocó mi cabello y dijo: 'es largo, suave, lindo, rubio, ¿me lo regalas?', le dije No. Respondió: No seas mala; entró a su casa y volvió con una tijera diciendo: 'te lo corto y lo llevo de recuerdo', salí corriendo y nunca más me dejé ver por ella.

Luego la casa de la familia Ortiz, en su vereda se juntaban a

charlar los jóvenes con Dora, Norma y los demás miembros de la familia. Llegando a la esquina, don Gerardo Marín y su esposa Tina; a la vuelta, sobre Anzoátegui, don Vicente, chapista y Fabiana Arce.

La familia Casimiro sobre Vicente López al 1300, doña Celia y don Santos Casimiro, tenían tres hijos: Hilda 'Nena', Lía 'Chiqui' y Julio, se dedicaban a la venta de verduras, tenían un puesto en el Mercado San Miguel, hoy atendido por su nieta Marcela.

Sobre el pasaje el Centro Vecinal Villa Belgrano, donde se jugaban partidos de básquet femenino y masculino; en tiempos de carnaval, se construían carrozas para participar de los corsos; también representaba al barrio la comparsa 'Los Tonkas', muchas veces ganadora del primer premio del carnaval de Salta.

Al frente, la capilla de madera 'Virgen de Fátima', se hacía la novena en su honor; en un amplio patio de tierra organizaban jornadas de esparcimiento para los vecinos, realizando carreras de embolsados, ponerle la cola al chanco, encontrar con la boca una moneda en un plato lleno de dulce de leche o harina, las carreras de tres patas, venta de cédulas, ferias de plato y muchas cosas más. Hoy tenemos una hermosa capilla llamada Vicaría del Sagrado Corazón de María de Fátima, la novena se realiza en octubre, antes se realizaba en mayo.

Al lado del Centro Vecinal, donde antes existía un baldío y en navidad se representaba un pesebre viviente, el padre Ernesto Martearena construyó un hogar para niños de la calle.

Sobre Juramento, la casa de doña Ubaldina Flores, cariñosamente le decíamos doña 'Uva', mujer modesta, trabajadora, honesta; mi madre le confiaba la casa y sus hijos cuando debía viajar. Otra amiga de mamá doña Dotty, Dominga Torrejón, compañera de caminatas; contaba que cuando joven, era deportista y había ganado muchas competencias. También se sumaba como amiga de mi mamá, doña Gladys de Balduzzi, docente en el Hogar Escuela, por las tardes atendía un negocio de prendas de vestir en su casa; su hijo 'Chiquin', César Gustavo Balduzzi, era un ángel defensor de los niños, un ser todo alegría y pureza, su familia lo despidió de esta vida, diciendo: 'La sonrisa más pura partió al cielo, pero quedará para siempre en nuestros corazones'. Y en el recuerdo de quienes lo conocimos, también estaba la verdulería

de doña Cata, en Juramento y Anzoátegui, sus hijos son uno profesor de matemáticas y otra es enfermera.

Doña Ester de Alanís vivía en calle Anzoátegui, colocaba inyecciones a domicilio y su esposo vendía garrafas de gas. En el pasaje Díaz Vélez la señorita Gloria Ayala preparaba a los niños para realizar la primera comunión, fue mi maestra de catequesis.

Frente a la capilla vivía doña Rosario y Oscar Torres, solían prestarme libros para que pueda estudiar; una de sus hijas 'Pocha' era amiga de mi hermana Ely.

En Arenales y Vicente López solían armarse Parques Ambulantes, traían la diversión al barrio con ruedas gigantes, calesitas, tiro al blanco y otros entretenimientos; en ese lugar en la actualidad, los fines de semana funciona una feria americana.

Desde San Lorenzo llegaba el 'berrero' con bolsas de arpillera repletas de berro; paisanos con sus burras, ordeñaban y vendían la leche calentita para curar la tos convulsa; carros tirados por caballos vendiendo frutas y verduras; señoras a caballo vendiendo choclos; en invierno el infaltable manicero con su típico silbato, el afilador de cuchillos en su bicicleta, también la señora 'Bonsai', por su baja estatura, vendiendo sus deliciosos tamales.

En Anzoátegui a metros de Vicente López, vivía don Lorenzo Mamaní, agricultor y albañil, comenzaba su tarea a las siete de la mañana y al regresar a su hogar fabricaba bloques en su fondo para construir su casa; educó a sus hijos Petrona, Cristina, Juan y José. Al frente don Santiago y Dominga Sajama, tenían un pequeño negocio donde vendían el vino artesanal de sus viñedos de Animaná.

Un recuerdo especial para don Modesto y Herminia Torrejón, y sus hijas Nimia Susana y Dora Rosario Torrejón; don Modesto Torrejón pasaba muy temprano junto a su nieto Ariel Villarreal en su autito a buscar al poeta Eduardo Ceballos y a su hijo Vicente Ernesto Ceballos y los acercaba al entonces Banco de Préstamos y Asistencia Social donde trabajaba Eduardo y los changuitos eran niños cantores de la Lotería de Salta y de la Tómbola. Don Torrejón fue miembro de la CGT cuando estaba cerca del Hotel Salta; fundó el sindicato de taximetristas y tenía la parada 3111.

Pantallazos de personas y cosas que quedaron grabadas en mi mente. Hoy nuevos vecinos llegan otros se van, donde perfumaban las flores hoy crecen edificios tapando la visión de los cerros, la luz y el calor del sol, pero no podrán borrar los recuerdos.

Desde esta humilde casa nace este nuevo libro del escritor Eduardo Ceballos, quien dirige la revista salteña coleccionable 'La Gauchita', para sumarse a otros libros producidos, CD, plaquetas; más de cincuenta años defendiendo y difundiendo la cultura de Salta y se prepara para celebrar el próximo año las bodas de plata de su revista 'La Gauchita', 25 años recorriendo las calles, barrios, pueblos de Salta y llevar toda nuestra cultura a otras ciudades argentinas y a distintos países, un trabajo hecho con amor, dedicación y respeto, un legado para los tiempos futuros, donde también podrá encontrar 'En cada esquina un recuerdo'.

## **LA FINCA DE LOS ARÁOZ**

En la década del 50 mi tío Alejandro Corbella trabajaba en la Finca de los Aráoz, ubicada donde hoy se levantan los barrios El Periodista, El Tribuno, El Intersindical. Él tenía a su cargo el taller mecánico que atendía todas las necesidades de los vehículos y máquinas de la finca. Para ir hasta allá, había que salir por la avenida Chile, cruzar el Puente l' Fierro y avanzar por una ruta llena de curvas que nos depositaban en aquellas lejanías. Han pasado más de 60 años y la transformación ha sido total. Ir hasta ese lugar, especialmente los días que no había actividad escolar, era una fiesta. El tío tenía asignada una humilde vivienda dentro de la finca, para poder atender todos los problemas. Solía ir con mi primo Rubén y en algunas ocasiones con su hermana Raquel. Allí desarrollábamos una gran variedad de actividades: nadar y pescar en una hermosa represa que tenían al fondo, cazar patos y palomas para luego cocinarlos, andar a caballo y en pequeños ponys, jugar al fútbol, en la cancha que la finca tenía para sus empleados, donde también se jugaba al pato y se domaban terneros. Un deleite levantarse temprano, cuando todavía estaba oscuro, dirigirse hacia el tambo y tomar leche al pie de la vaca, calentita con todas las riquezas del caso.

Se podía disponer de la generosidad de los árboles que ofrecían sus frutos: higos, moras, algarrobas, chañar, tunas, granadas,

mezcla de sabores y alegrías. Jugar a las escondidas en el gran galpón donde se depositaban las bolsas de maíz o revolcarnos entre los marlos que habían sido desgranados. Hacíamos carreras de caballos con los chicos que pertenecían a la familia de los propietarios, los Fleming, los Aráoz, los Sylvester, Los Cornejo. Espacios llenos de vida y naturaleza. Pasan los años y crecen las nostalgias.

Parado en la rotonda que está frente al predio de diario El Tribuno, donde hoy hay un negocio que vende piedra laja, recordaba que ese era el Rancho de Lalo Musa, donde se realizaban importantes bailes para el carnaval, adonde solía ir con mi primo Ernesto, en la década del 60. Por ese entonces, pasaban jardineras, carros, gauchos de a caballo, que recuerdo como pinturas del ayer.

## ÍNDICE

Prólogo .....	7
Introducción .....	9
La lejana infancia .....	11
Recuerdos de un viejo almacén .....	28
Córdoba al 700 .....	32
Tucumán al 400 .....	36
Córdoba al 800 .....	38
Córdoba al 900 .....	39
Lerma al 700 .....	40
Lerma al 800 .....	43
La partida de Ermes Riera .....	48
Pasaje Gauna entre Lerma y Catamarca .....	49
Tucumán al 200 .....	51
La Canchita de Correos .....	51
La Escuela Roca .....	53
La cancha de Juventud Antoniana .....	56
Lerma y San Luis .....	62
Calle General Mosconi entre Florida e Ituzaingó .....	63
Hipólito Yrigoyen al 1200 .....	65
Vida en el Seminario Conciliar .....	72
Tamayo 327 .....	75
Peñas de Salta .....	78
El Guardamonte .....	78
Balderrama .....	78
El Rincón del Artista .....	80
El Patio de Nieva .....	80
Gauchos de Güemes .....	81
La de Jorge Cafrune .....	82
La Panadería del Chuña .....	82
Politeama Park .....	85
Ameghino y Balcarce .....	87
Martín Salazar: un piano nostálgico de Salta .....	90
Sede del Club Correos .....	92
Plaza 9 de Julio .....	92

Terminal de Ómnibus .....	99
Feria de la Cocina Regional .....	101
Parque San Martín .....	102
Mercado San Miguel .....	105
Río Arenales .....	107
Plaza Gurruchaga .....	111
Salta Club .....	113
Sede Social del Club Central Norte .....	115
La calle Pellegrini .....	115
Edificio de Belgrano y Sarmiento .....	117
Avenida Sarmiento con Boulevard .....	119
Diario El Tribuno .....	120
Hospital San Bernardo .....	123
El Matadero Municipal .....	125
El Día de la Cruz en el Cerro San Bernardo .....	128
España y Alvear .....	130
Mitre y Miguel Ortiz .....	132
Avenida Uruguay y Paseo Güemes .....	134
Arenales y Bolivia .....	137
San Juan y Esteco .....	137
Villa Belgrano .....	140
Recuerdos de Villa Belgrano .....	145
La finca de los Aráoz .....	153

Se terminó de imprimir  
en el mes de diciembre de 2017  
en los Talleres Gráficos de  
Editorial **MILOR**  
Mendoza 1221 - Tel.: 0387-4225489  
E-mail.: [editorialmilorsalta@yahoo.com.ar](mailto:editorialmilorsalta@yahoo.com.ar)  
4400 Salta - República Argentina